ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 2

SEMANAL POPULAR

PRECIO: 10 CTS.

10 NOV. 1925

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en el número anterior:

El día 7 de noviembre del año 1760, a las once y media de la noche, un personaje misterioso se deslizaba por las callejuelas oscuras y desiertas de Madrid. Era un hombre joven, apenas de veinte años. Vestía modestamente, pero era gallardo su aspecto, y en su rostro, lleno de varonil belleza, brillaban grandes ojos, rasgados y negros, cuyas pupilas denotaban un alma apasionada y ardiente. Se detuvo ante el jardín de un suntuoso edificio; sacó

K 1.H2

cio para conocer que allí se albergaban muchas familias pobres, pues así lo decían claramente los harapos puestos a secar en los balcones y ventanas, y los rostros pálidos que se dejaban ver por las mismas.

La entrada principal la tenía la casa por la costanilla de Santiago.

El portal era grande, y sus paredes estaban llenas de grietas y desconchados y de groseros dibujos y letreros hechos con carbón.

A la izquierda, y tras una de las hojas medio desvencijadas de la puerta, veíase un biombo lleno de remiendos y con una ventanilla que permitía descubrir al otro lado el bulto de un hombre sentado junto a una mesa, inclinado y cosiendo a todas horas.

A un lado tenía una gran espuerta llena de trozos de tela de diferentes tamaños y colores.

El personaje en cuestión era el señor Policarpo Recorte, maestro sastre, que vivía en la misma casa, y era a la vez el portero, el conserje, el vigilante, el apaciguador de todas las disputas y el consejero de toda la vecindad.

El señor Policarpo era honrado como pocos y trabajador incansable; pero tenía, como toda criatura, sus flaquezas, pues era vanidoso cuando se trataba de su inteligencia, creyendo que Dios le había dotado de un talento sin igual.

En sus ratos de ocio leía cuantos libros iban a sus manos; pero, desgraciadamente, no consiguió con esto más que exaltar su imaginación, produciéndose una confusión lastimosa de ideas.

Desnuda estaba de pelo la cabeza del señor Policarpo en su parte superior, de manera que los que llegaban a la ventanilla del biombo veían antes la calva que el cuerpo del honrado sastre.

Era hablador en demasía, preciábase de cortés y le

agradaba hacer uso de palabras retumbantes, cuyo significado muchas veces desconocía.

Aprender una palabra nueva era para él como descubrir un tesoro, y en seguida, viniese o no a cuento, la repetía hasta que la habían oído todos los habitantes de la casa.

No hay que decir que el señor Policarpo era pobre; pero sí que había enviudado, que no tenía hijos y que no había querido volver a casarse. Por más que parezca extraño, hablaba siempre con el más profundo respeto de su difunta mujer.

Si con tantos detalles damos a conocer al señor Policarpo, para algo será.

El señor de Guevara y Querubín se acercaron al biombo.

—Tengo el gusto— dijo el señor de Guevara— de saludar al más honrado de los habitantes de la villa.

—¡Ah! —exclamó el buen sastre levantando la cabeza y dejando ver su rostro, de abultadas facciones y expresión cándida y alegre— ¿Vos aquí, señor caballero ?... Entrad, entrad y honraréis mi pobre chiribitil... También os acompaña el señor Querubín... Me alegro mucho... Adelante, adelante.

El señor de Guevara y su protegido dieron algunos pasos.

Allí no había más que una silla sin respaldo, y fue ocupada por el caballero.

—¿Y a qué debo el honor de esta visita ?— preguntó el sastre.

Pero antes de recibir contestación dirigióse a Querubín y le dijo:

—Me parece que habéis crecido desde la última vez que os vi... Os desarrolláis muy bien y vais a ser un buen mozo... Conque decíais...

—Digo —interrumpió el hidalgo— que es preciso que

inmediatamente recortéis esa capa para que pueda servir a mi ahijado, pues la suya, sobre que ya estaba muy raída, fue anoche agujereada y casi hecha jirones en fuerza de cuchilladas de unos desalmados que quisieron ver si este niño tenía los puños y el corazón de hombre.

Al oír esta mentira quedó algo confuso Querubín, si bien no le sorprendía.

—¡Cuchilladas! —exclamó el sastre estremeciéndose— ¿Y el señor Querubín ?...

—Hizo frente a los tres bandidos, hirió a dos y a los tres los puso en fuga. No podía suceder otra cosa, pues sabéis ya, señor Policarpo, que yo he sido su maestro de esgrima. Tiene buena escuela, le sobran puños y corazón... ¡Truenos y rayos!... Ha de dar que hacer a muchos valentones espadachines.

Poseído de orgullo hablaba así el señor de Guevara.

—Olvidáis el almuerzo —dijo Querubín.

—Es verdad; ocupémonos de la capa.

—Arreglada quedará en un momento.

—Pues manos a la obra, porque el estómago me atormenta a pesar de que anoche cené un par de perdices, una anguila y dos botellas de añejo vino.

—Bien os tratáis.

—Como a mi clase corresponde.

—Ciertamente —repuso el señor Policarpo mientras colocaba la capa sobre los hombros de Querubín maba el jaboncillo para señalar.

—¿Y cómo anda el oficio ? —preguntó el hidalgo, que tampoco podía permanecer mucho tiempo silencioso.

—Mal, señor caballero; pero se gana para vivir, si no con holgura, con alguna comodidad y honradamente.

—Los tiempos están malos, y preciso es tener paciencia...

—¿Os parece bien que corte por aquí ?

—Bien me parece como a vos os parezca.

—Pues ya está señalado.

Quitó el sastre la capa de los hombros de Querubín, la colocó sobre la mesa y se dispuso a cortar; pero en aquel instante oyóse una voz varonil que decía:

—Señor Policarpo, una palabra.

Oír la voz, arrojar la tijera y ponerse de un salto fuera del biombo, todo fue uno para el buen sastre.

—¿Qué diablos le sucede? —dijo el señor de Guevara.

Y miró hacia el portal.

Querubín miró también por la ventanilla, y sin poder contenerse exclamó con tono de sorpresa:

—¡Ah!... ¡Es él!

Retrocedió.

—¿Quién es?— preguntó con extrañeza el hidalgo.

Y, excitada su curiosidad, buscó también con la mirada a la persona que hablaba con el sastre.

Hizo el hidalgo un gesto de sorpresa, diciendo para sí:

—¿Quién había de creer que el señor Policarpo tuviese relaciones con gente tan principal?

La persona que hablaba con el sastre era un joven que no tendría más de veintiséis años, de regular estatura y dotado de singular belleza varonil.

Sus grandes ojos pardos y su espaciosa frente revelaban una inteligencia nada común y nobles sentimientos.

Vestía lujosamente, como un noble de primera calidad; es decir, iba cubierto de terciopelo, raso y oro.

En sus zapatos relumbraban los diamantes de las hebillas.

Destellaba un rico joyel en su sombrero de tres picos, y entre los encajes flamencos de su chorrera veíanse también diamantes de gran precio.

Los dijes que pendían de las cintas de sus dos relojes

y las piedras que adornaban la empuñadura de su espada valían bastante para enriquecer a una familia.

Su continente y sus maneras distinguidas estaban en armonía con su lujoso ropaje.

El señor Policarpo escuchaba con profunda atención y más profundo respeto, haciendo continuas reverencias.

La conversación no duró más de un minuto.

—Adiós, buen Policarpo— dijo el joven desplegando una sonrisa benévola.

Y se embozó en su capa riquísima de paño forrada de seda, saliendo del portal y desapareciendo. Volvió el sastre adonde estaban sus parroquianos.

—Perdonad —dijo con alguna turbación—; pero no he podido desatender a ese noble caballero, que me ha favorecido muchas veces con su generosidad.

—Tenéis buenos amigos —dijo el señor de Guevara.

—¡Amigos!... No puedo honrarme con la amistad de ese caballero; pero sí con que sea uno de mis parroquianos.

—¿Hacéis la ropa a un hombre como ése? ¿Son obra vuestra sus riquísimos vestidos?

—No, eso no; pero las composturas, las reformas, la ropa ordinaria de alguno de sus criados...

—Entiendo.

Querubín, que parecía muy preocupado desde que vio al lujoso caballero, dijo:

—Señor Policarpo, supongo...

—¿Qué suponéis?

—Quiero decir que como ese caballero no ha venido a esta casa a buscaros, y como en esta casa habita gente pobre...

—¿Y cómo sabéis que no ha venido a buscarme?

—Primeramente, porque un hombre como él no se toma semejante molestia.

—Sois demasiado caviloso, señor Querubín.

—Además, el poderoso caballero salía de la casa y...

—Tengo entendido que socorre no sé a quién, porque como no soy curioso, y..., en fin, al pasar, aprovechó la ocasión para decirme que era preciso poner forros nuevos a las libreas de sus criados.

—¿Conque decís que socorre.?...

—No lo sé, no lo sé— interrumpió el sastre mientras abría y cerraba las tijeras recortando la capa.

El hidalgo desplegó una sonrisa maliciosa y dijo:

—Señor Policarpo, todo eso tiene un olorcillo a intriga...

—¡Caballero!

—Cuidado, que vais a cortar por donde no debéis.

La turbación del pobre sastre había llegado al último punto.

El hidalgo mostróse implacable, y prosiguió diciendo:

—Si no hubiese intriga no os aturdiríais, pues cuando la conciencia está tranquila...

—¡Oh!... Tranquila está mi conciencia. Honrado he sido siempre y lo seré.

—Vuestra honradez no la pongo en duda, pues no deshonran cierta clase de intrigas.

Querubín fijó una miráda penetrante en el señor Policarpo, y después de algunos momentos le dijo, como quien está seguro de no equivocarse:

—Favorecéis a ese caballero, y tal vez al hacerlo así probáis vuestro amor a la justicia. Si, agradecido, él os recompensa, no me parece que esto sea un motivo para que os avergoncéis. ¿Por qué habéis de negarlo? ¿Tan poca confianza os inspira nuestra discreción? Tal vez hemos sido demasiado curiosos; pero, como prueba de que no queremos meternos en lo que no nos importa, ponemos desde ahora mismo fin a la conversación.

—¡Bien dicho!— exclamó el señor de Guevara.

—¿Conocéis a ese caballero?— preguntó el sastre.

—Tal vez— respondió Querubín.

—¿Y acaso ?...

—Dicen que es tan noble de alma como de cuna; pero yo no tengo motivo para juzgarlo.

—Vuestro padrino...

—Amigo mío fue su padre en otro tiempo, y aun lo es; pero como la fortuna me volvió la espalda dejándome cada día más pobre mientras él se hacía más rico, se interrumpieron nuestras relaciones y no nos saludamos, como no sea que por casualidad nos encontremos en la calle.

—Entonces...

—No hablemos más de este asunto. Recortad la capa, que aun no hemos almorzado.

Ocupóse el sastre en cumplir su deber sin reanudar la conversación.

Los otros también guardaron silencio.

Querubín parecía cada momento más preocupado.

Terminó el señor Policarpo, y el mancebo se puso la capa.

—¿Cuánto os debo ?— preguntó el hidalgo.

—Esto no vale nada, señor caballero.

—Es que...

—Me avergonzaría de tomar dinero por tan poca cosa a un parroquiano como vos.

—Os estoy agradecido.

—Yo me considero honrado, señor de Guevara.

Despidiéronse y salieron, tomando hacia la calle Mayor para ir a la plaza del mismo nombre, donde debían almorzar en una hostería.

Querubín continuaba silencioso y meditabundo.

CAPÍTULO VI

El almuerzo

Los peligros que la noche anterior había corrido Querubín no le pusieron tan pensativo como la presencia del caballero que había cruzado algunas palabras con el señor Policarpo.

¿En qué consistía esto ?

No es posible adivinar qué relaciones había entre un pobre diablo como el ahijado del señor de Guevara y un personaje como el que llevaba hebillas con diamantes.

El hidalgo, que también había quedado meditabundo, recobró el contento al entrar en la hostería, y empezando a gritar, puso en movimiento a todos los criados.

Ya era el hidalgo allí demasiado conocido, y a nadie le sorprendió que hablase tan fuerte para hacer muy poco gasto.

Situáronse en una pequeña habitación donde no había más que una mesa.

Allí nadie había de interrumpirlos.

—Hoy —dijo el señor Guevara— es preciso cometer un exceso, y, por consiguiente, mi querido Querubín, te autorizo para que pidas lo que mejor te parezca.

—Tengo poco apetito.

—¡Vive el cielo!... Decir a tu edad que el apetito es escaso.

—Me parecerá bien lo que dispongáis.

—Dispondré, pues si no lo hago así jamás acabaremos, y el estómago me atormenta con una crueldad espantosa.

Y al decir esto el hidalgo bostezó ruidosamente, aunque cuidando de hacer una cruz en su boca.

Luego, dirigiéndose al sirviente, dijo:

—Trae unas chuletas, aceitunas, queso de la Mancha

y vino del más puro y añejo que tenga el bribón de tu amo.

—¿Nada más ?

—¿Te parece poco, bergante ?

—No; pero por si acaso...

—A quien debiera parecerle poco es a mí, que estoy acostumbrado a comer como un príncipe, y ahora me obligan las circunstancias a tragar vuestros potajes y la carne de buey secular que ofrecéis a vuestros parroquianos.

El criado salió para obedecer.

El hidalgo dejó su capa, su espada y su sombrero sobre una silla, sentándose en otra junto a la mesa.

También Querubín se quitó su capa y su sombrero y se sentó.

—Hablaremos después de haber empezado a comer, porque, francamente, las fuerzas me faltan.

—Tiempo nos sobra— dijo el mancebo.

Era imposible que el señor de Guevara permaneciese silencioso algunos minutos, y ya que no se ocupase de lo que más le interesaba, habló del mal servicio de la hostería y de sus hazañas de la juventud.

Querubín escuchó distraídamente, y casi creemos que no entendió una sola palabra de lo que su protector decía.

Sirvieron el almuerzo.

Principió el hidalgo por beber vino y comerse una chuleta, diciendo después:

—Esto es otra cosa; la carne está dura; pero al fin es carne, y el vino no me parece del todo malo. Me siento regenerado, y, por consiguiente, podemos dar principio a nuestra conversación.

Enrojecieron las mejillas de Querubín como si fuese a brotar la sangre.

El señor de Guevara fijó en el mancebo una mirada escudriñadora, diciéndole:

—Te pones colorado como una cereza. Esto es sospechoso. ¡Cuernos de Satanás!... ¿Qué te ha sucedido? Quiero explicaciones claras y terminantes. Como hace mucho tiempo, me recogí anoche a las ocho y media. Tú no habías ido, te esperé, y a las diez me metí en la cama. Ignoro a qué hora fuiste a casa; pero sí sé que tu capa se ha perdido, que me has hablado de aventuras extraordinarias, de alcaldes, escribanos y alguaciles, de honor, de sacrificios, de peligros muy graves y no sé de cuántas cosas más. Creo que tengo algún derecho a saber lo que te pasa, porque te amo como pudiera amarte tu padre, y porque estoy dispuesto a sacrificar mil veces la vida por ti.

—Pues bien; todo lo sabréis.

—Aun no has bebido.

—Beberé.

—Así me gusta, porque el hombre que no bebe no es hombre.

Querubín llenó y vació un vaso de vino.

Estaba resuelto a decir la verdad.

—Te escucho— dijo el hidalgo mientras destrozaba la quinta chuleta.

—Hace cuatro meses, una tarde, al oscurecer, me detuve maquinalmente a la puerta del convento de Santo Domingo el Real, mirando a los que salían de rezar las Cuarenta Horas.

—Eso no es un crimen.

—Sin darme tampoco cuenta de lo que hacía, entré en el templo.

—¿A rezar?

—No lo sé.

—Prosigue.

—Ya no había más que tres personas: dos mujeres y un hombre.

—Gente de elevada clase...

—Una bellísima dama con su dueña, y un caballero que las miraba sin pestañear.

—¿Y cómo supiste que la dama era bella ?

—Recataba el semblante con un manto, pero descubría sus grandes ojos, azules como el cielo y de dulcísima expresión.

El hidalgo desplegó una maliciosa sonrisa, bebió y tomó otra chuleta.

—También —prosiguió diciendo Querubín— pude ver los cabellos blondos de la hermosa joven, pues no se había empolvado la cabeza.

—¿Y sus manos ?

—Iban cubiertas por finísimos guantes, y en ellas tenía sus camándulas, que pasaba una por una mientras se movían sus rojos y frescos labios.

—Son deliciosos esos detalles.

—El caballero, muy joven y ricamente vestido, la miraba siempre con insistencia, lo cual me desagradó mucho, no porque a mí me ofendiese, sino porque parecía de esos mozalbetes desvergonzados y cobardes que no se ocupan más que en divertirse a costa del prójimo.

—Bien, mi querido Querubín; la historia me agrada, y estoy viendo venir una lluvia de cintarazos que me hubiera dado gran contento presenciar.

—Sobre ese punto os equivocáis.

—Sepamos.

—Levantáronse las dos mujeres y se dirigieron a la pila del agua bendita. Junto a la pila se colocó el caballero...

—Y tú...

—Creí que también tenía derecho para hacer lo mismo.

—¡Voto a cien legiones!

—¿Hice mal?

—Muy bien, porque eres mi ahijado.

—Quedamos allí como dos estatuas y prontos a meter en el agua los dedos. Era de ver el contraste que formábamos: el caballero con sus relumbrantes vestidos, y yo con mi raída y humilde ropa.

—¡Magnífico!—exclamó el señor de Guevara.

Y tomó algunas aceitunas para desempalagar y seguir engullendo chuletas.

—La dama llegó. Miraba al suelo; pero vio que a la vez le ofrecíamos agua bendita; turbóse, y con la turbación no pudo ocultar el rostro tan bien como hubiese querido... ¡Oh!... Aquel rostro...

—Era un rostro hechicero; ¿no es verdad?

—Es una de esas bellezas que tienen no sé qué... Perdonad, perdonad.

—Adelante.

—Vaciló, mientras la dueña refunfuñaba.

—¿Y al fin?...

—Tomó el agua que yo le ofrecía.

—¡Rayos y truenos!— gritó en el colmo del entusiasmo el señor de Guevara.

—Arrugó el mozalbete el entrecejo.

—Supongo que tú te reirías.

—No sé lo que hice, porque me sentía trastornado.

—¿Y luego?

—Salieron las dos mujeres, y nosotros tras ellas. Más turbada cada vez, tropezó la hechicera rubia, y el rosario se escapó de entre sus dedos.

—Tú lo recogerías, lo besarías devotamente...

—El otro me ganó entonces la partida.

—¡Tripas de Satanás!...

—No sé lo que sentí.

—¿Llevabas la espada?

—Sí; pero no había recibido ninguna ofensa.

—¡Mil truenos!... Fuiste torpe y debiste dejarte matar.

—Escuchad, padre mío.

—Sí; ya escucho

—El mozalbete, con un descaro sin igual, dijo: «Perdonad; pero esta prenda no puede volver a vuestras manos, porque es para mí precioso talismán que siempre llevaré sobre mi corazón.»

—Eso era una ofensa, y tú...

—«Caballero—dije—, estoy aquí para defender a esta dama.» Y al mismo tiempo le arrebaté el rosario y lo presenté respetuosamente a la joven. El atrevido mozalbete rugió, mientras sus ojos despedían centellas.

—¿Y las dos mujeres ?

—Alejáronse corriendo y poseídas de terror.

—Supongo que el otro sacaría la espada.

—La sacó, mientras me llamaba villano; pero yo no dejé reposar la mía, y allí mismo, ciegos de furor, cruzamos los aceros.

—¿Lo mataste ?

—Estaba sobradamente castigado.

—¿Pues qué hiciste ?

—Tenía flojos los puños, era torpe además, y en un dos por tres lo dejé desarmado, yendo a parar su espada a veinte pasos lo menos de nosotros.

—Bien; muy bien.

—Estaba a salvo mi honor; envainé el acero, y, paso entre paso, subí cuesta arriba hasta llegar a la plazuela de Santo Domingo. Allí me detuve, y volví atrás la cabeza.

—¿Te seguía el otro ?

—No tuvo por conveniente recibir una segunda lección.

Entusiasmado el señor de Guevara, levantóse, abrazó a su ahijado, bebió y dijo:

—¿Sabes quién es el caballero?
—No
—¿Y la dama?
—Sí.
—¿Su nombre?
—María.
—Hay muchas que se llaman lo mismo.
—Tened paciencia, que todo lo sabréis.
—Paciencia me sobra.
—El primer día de fiesta que llegó fui a misa a Santo Domingo el Real.
—Querubín, tú estás enamorado.
—Padre mío...
—Continúa.
—Encontré a la joven, y sus ojos me dijeron que me había reconocido. Le ofrecí agua bendita, y la tomó: la seguí, y a pesar de su timidez, volvió varias veces la cabeza. Vi que entró en una gran casa, y pregunté quién habitaba allí.
—¿Qué te respondieron?
—Que allí vivía el comendador Saavedra.
—¡Dios nos asista!
—¿Lo conocéis?
—Demasiado bien... ¡El orgulloso don Pedro!...
—Su hija es un ángel.
—Ya lo sé; más de una vez la he visto.
—Desde aquel día, mi única ocupación fue andar por los alrededores de la vivienda de don Pedro.
—Si no hacías otra cosa...
—Con una doncella de María conseguí entablar relaciones.
—¿Y al fin?...
—Fueron y vinieron recados... ¡Oh!... Hay cosas que no pueden explicarse.
—¿Pero el resultado?...

—Yo amaba ciegamente a la hija del comendador; yo, infeliz, sin nombre y sin fortuna, y ella, con un nombre ilustre y única heredera de cuantiosos bienes...

—Te amaba también; no es difícil adivinarlo.

—Y nuestro amor es tan intenso, que no hay locura que no estuviésemos dispuestos a cometer.

—Cuidado, Querubín—dijo severamente el hidalgo.

—Padre mío, he respetado a María, y antes que dejar de respetarla, yo mismo pondría fin a mi existencia.

—Los hombres pueden cometer ciertas locuras, que son perdonables a la juventud; pero cuando se trata del honor...

—No he olvidado mis deberes.

—La historia empieza a ser triste.

—Demasiado—dijo Querubín exhalando un suspiro.

—¿Has conseguido hablar con la hija del comendador?

—Con ayuda de la doncella he llegado a ser dueño de una llave de la puerta del jardín.

—¡Diantre!... Me parece que vais demasiado de prisa.

—Anoche entré como otras noches; pero el severo padre había sospechado, sin duda, y acechaba.

—¿Hubo cuchilladas?

—El comendador salió del jardín con un par de pistolas y un criado.

—¡Cobarde!

—El criado me cortó la retirada, el caballero me siguió, y a los pocos minutos me encontré entre el par de pistolas y una pared completamente lisa.

—¿Y cómo saliste del apuro?

—Muy fácilmente—dijo con sencillez Querubín.

—Picas mi curiosidad.

—En las ramas de un árbol colgué mi capa, dejándola allí y alejándome. El bulto, en la oscuridad de la no-

che, engañó a don Pedro; disparó una de sus pistolas, cayó la capa, y el criado acudió, dejándome libre la puerta.

—¡Vive el cielo!...

—Resonó un grito, que debió de ser exhalado por María; lo que después sucedió no lo vi, pues, ante todo, pensé en alejarme; pero en la calle de San Bernardo me detuve, y vi que el criado salía corriendo. Yo lo dejé en la plazuela de Santo Domingo, porque él tomó hacia la izquierda para acercarse a una ronda que hacia Santa Catalina se encaminaba. Supongo que, al querer levantar el cadáver, se habrán encontrado con mi raída capa, y por eso os dije que estaba entre las uñas de escribanos y corchetes.

No es posible pintar el entusiasmo del señor de Guevara.

El mancebo había referido el suceso con un tono de sencillez encantadora; pero esto precisamente daba doble valor a su ingeniosa travesura, haciendo resaltar más y más su audacia casi inconcebible.

Los padres se envanecen con todo lo que engrandece y sublima a sus hijos, y así se explica el entusiasmo del señor de Guevara.

No era éste padre de Querubín; pero le amaba como padre, porque había hecho los mismos sacrificios que un padre pudiera hacer, y porque, sin amigos ni parientes, el joven era su única afección, su única dicha.

Hasta entonces la conversación había sido alegre; pero bien pronto debía tomar un carácter, si no triste, grave en demasía.

—Todo lo sabéis ya— dijo Querubín después de algunos minutos.

—¿Todo?— preguntó el hidalgo con tono de extrañeza.

—Nada os he ocultado.

¿Acaso has creído que soy una de esas criaturas ligeras o poco juiciosas que se contentan con lo que ven en la superficie ?

—Hago justicia a vuestro buen juicio, lo mismo que a vuestros sentimientos.

—Entonces...

—Si algo he olvidado...

—Sí.

—Decídmelo, porque quiero que todo lo sepáis.

—Precisamente ignoro lo de más importancia.

—No acierto...

—Querubín, eres torpe por la primera vez en tu vida.

—Lo reconozco, padre mío.

—Quede en buen hora la capa entre las uñas de corchetes y escribanos, rabie el comendador y suspire su encantadora hija; pero...

Interrumpióse el hidalgo, fijó una mirada penetrante y escudriñadora en el mancebo, y luego dijo:

—¿Y tu corazón ?

Bajó Querubín los ojos sin articular una sílaba, y otra vez afluyó a su rostro la sangre.

—Quiero saber—añadió el señor de Guevara— hasta qué punto se ha interesado tu corazón; quiero saber si tu amor...

—Mi amor, mi amor...

—Sí, sí.

—¡Oh!... Sólo puede acabar con mi existencia.

Cambió repentinamente de expresión el rostro del hidalgo. Su entrecejo se arrugó.

Bebió el vino que quedaba en la botella; pero no comió más, aunque no había tocado el queso.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil como una estatua.

En el semblante de Querubín se pintó la más viva inquietud.

El infeliz esperó con tanta impaciencia como miedo.

La verdad es que, aunque su protector aprobase aquellos amores, que podemos calificar de desdichados, la situación era para el joven mucho más grave de lo que él mismo había creído.

La juventud es poco juiciosa, y no era posible que el mancebo diese a su calaverada toda la importancia que en realidad tenía.

Ni siquiera se había ocupado en pensar cuáles serían las consecuencias.

Había sentido, y se había dejado llevar de sus sentimientos. Amaba, y nada más.

Estaba interesado su corazón, y el corazón no discurre.

La cabeza no le había servido más que en los momentos de apuro supremo para burlarse del comendador; pero una vez que el peligro había pasado, volvió Querubín a ser lo que siempre había sido, el joven de alma impetuosa y de corazón ardiente, que amaba y estaba resuelto a morir antes que renunciar al objeto de su amor.

Cinco minutos pasaron, que fueron para el joven cinco siglos de agonía.

Por fin, el hidalgo levantó la cabeza.

—Está bien—dijo.

—Mi querido padre...

—El asunto es delicado...

—Contra mi voluntad...

—De todo ello resulta—añadió el señor de Guevara siguiendo el curso de sus ideas como si no fuese interrumpido—, resulta que, para que seas feliz, es preciso, absolutamente preciso, que te cases con la hija del comendador.

Por toda respuesta exhaló Querubín un suspiro.

—Si estos negocios pudieran arreglarse a cuchilladas,

yo me encargaría de hacerte feliz; pero es el caso que la espada no puede servir sino para lo que te sirvió a la puerta del templo de Santo Domingo el Real.

—Reconozco que mi dicha es imposible.

—Imposible no hay nada; pero hay cosas que son demasiado difíciles.

—Ninguna esperanza abrigo.

—El comendador es un noble de primera calidad y, además, muy orgulloso.

—Ya lo sé.

—No es tan rico como algunos creen; pero sí lo bastante para que la mano de su hija sea codiciada.

—Muchos la pretenden.

—Y entre ellos, don Leandro de Sandoval; ¿no es así?

—Ciertamente.

—Y por eso, al ver que un caballero como don Leandro, heredero de una gran fortuna y de un título de conde, hablaba con un infeliz sastre como el señor Policarpo...

—Mi sorpresa era natural.

—Lo miraste como se mira al que quiere robarnos un tesoro.

—Es mi rival, y si se empeña será también mi... ¡Oh! —exclamó el joven apretando los puños y dejando escapar dos centellas de sus negros ojos.

—Cuando nada ha conseguido hasta hoy, supongo que no se ha empeñado.

—Pero el comendador...

—Debe querer que su hija se case con don Leandro.

—Y, según parece, es favorable a este plan la condesa.

—Muchos y muy poderosos son tus enemigos—repuso el hidalgo haciendo un gesto de disgusto.

Querubín volvió a suspirar.

—Sin embargo —añadió el señor de Guevara—, en es-

te asunto debe de haber algún misterio, y ese misterio es para mí un rayo de esperanza. Hijo mío, por mi desgracia o por mi fortuna, conozco demasiado bien el mundo, y... En fin, hablaremos de este negocio otro día, puesto que ahora quiero ocuparme solamente de ti.

—Como mejor os parezca.

—Se va a decidir tu suerte; y como no sabemos lo que puede suceder, me parece conveniente que conozcas todos los detalles de tu historia.

—Muchas veces os he preguntado...

—Nada he querido decirte antes, porque a ningún resultado práctico conducía; pero ahora cambia la situación, y es preciso que todo lo sepas.

—Aseguráis que no tengo nombre...

—Y, por desgracia, es verdad.

—¿Quiénes fueron mis padres ?

—Lo ignoro, y toda mi habilidad no ha sido bastante para descubrirlo.

—¿Por qué me habéis protegido ?

—Eso es lo que puedo decirte.

—¿Estoy a vuestro lado desde que nací ?

—Cerca de mí hasta que tuviste dos años. Después yo he sido tu único padre, tu protector único.

—¡Cuánto os debo!

—Me pagas sobradamente con tu cariño, sin contar con que has hecho agradable mi existencia, evitando que me muera en fuerza de aburrirme. Mientras fui joven, todo iba bien; pero ahora, ¿qué sería de mí sin tu amor ?

—¡Ah!...

—Escúchame, Querubín.

—Ya os escucho, padre mío.

CAPÍTULO VII

Sigue el almuerzo

Ya el hidalgo no reía, ni juraba, ni bebía.

Nunca se había visto expresión de tanta gravedad en tu rostro.

Hubiérase dicho que en pocos momentos había cambiado completamente, que era otro hombre.

Por algunos minutos guardó silencio como para coordinar sus ideas.

Entretanto latía violentamente el corazón de Querubín.

Iba a conocer un secreto que para él tenía una importancia sin igual.

El señor de Guevara dijo:

—La pobre casa en que vivimos es mía; ya lo sabes.

—Y sé también que habitáis en ella hace más de veinticinco años.

—Pues bien, hace veinte ocupaba el piso bajo una infeliz mujer muy honrada, y que quedó viuda con un hijo de pocos meses. Aquella mujer, cuyo nombre debes guardar en la memoria, llamábase Luciana Hernández y había estado casada con un oficial de carpintero que se llamó José de la Cuesta. Al enviudar no le quedaron más recursos que sus manos, y ganaba el sustento yendo a trabajar adonde la llamaban. Su miseria era tal, que no pudo pagarme el alquiler de la habitación, y tuve que perdonarle la deuda, contentándome con que me lavase la ropa.

—Fuisteis generoso, como siempre.

—Me parece que no era cosa de poner en la calle a la pobre viuda con su hijo; y ya que mis recursos no alcanzaban para acudir a todas sus necesidades, quise al

menos dejarles el mísero techo que les daba abrigo. Esto era cumplir una obligación, y nada más.

—Obligación para corazones cómo el vuestro.

—Dios dispuso que el hijo de Luciana se muriese; pero dispuso también que la buscasen para confiar a su honradez la vida de un niño.

—¡Yo!...

—Sí; el niño eras tú.

—¿Y quién me confió a los cuidados de la pobre Luciana?

—Un hombre que, por sus maneras y riqueza de sus vestidos, parecía un caballero.

—Y ese hombre...

—Le dijo a Luciana lo siguiente: «Criad este niño; cada mes recibiréis veinte ducados, y cuando de vuestros cuidados no necesite, dispondré de su suerte. Por toda vuestra vida seguiréis cobrando la misma renta, y aun más si lo necesitáis; pero cuidad de que nadie sepa que tenéis semejante criatura, y cuidad también de no ser curiosa, pues, sobre perder lo que os ofrezco, lo pasaríais muy mal en todos sentidos. Esta criatura ha nacido hace pocas horas; pero ya está bautizada y se llama Querubín». No dio más explicaciones el caballero. Entregó los primeros veinte ducados. Pasó un mes, le esperó Luciana; pero el desconocido no volvió.

—¿Y ella?...

—A pesar de eso cumplió lo que había prometido y aun mucho más, pues te amó como hubiera podido amarte una madre. Tan cuidadosamente te ocultó, que yo mismo no supe que en la casa había semejante criatura.

—¿Y cómo pudo la infeliz ganar el sustento?

—Con la voluntad se hacen milagros. Cómo se arregló Luciana, no sabré decírtelo; pero ello es que pasó un año antes de que la más imperiosa necesidad la obligase a decirme que tenía que cuidar de un niño. No me dio

entonces ninguna explicación, ni yo se la pedí, porque, a pesar de que soy muy curioso, tengo la costumbre de respetar los secretos de todos. Como ya te he dicho, hice en favor de Luciana lo que pude. Tú te desarrollabas perfectamente, y yo me complacía en ir a la habitación de la pobre mujer para hacerte caricias. Seguro estoy de que ella hubiera dado la vida por mí.

—Dios la habrá premiado en la eternidad.

—Era una santa.

—Proseguid— dijo el mancebo con voz ahogada por la emoción.

—Tenías dos años. Una noche, poco antes de las doce, volví a mi casa y me pareció oír gemidos en el cuarto bajo. Me detuve y escuché. No me había equivocado. Llamé, y me respondió la voz debilitada de tu nodriza. No entendí lo que me dijo; pero sí comprendí que le era imposible moverse. Miré por el ojo de la cerradura y no vi luz. Subí a mi cuarto, encendí el velón y bajé. Un violento empuje bastó para romper la puerta. Entré, y me encontré a Luciana moribunda y estrechándote contra su pecho. Su rostro estaba ya desfigurado. Le pregunté lo que sentía, y me respondió, sencillamente, qu estaba próxima a morir. Quise ir en busca de un médico; pero me detuvo diciéndome que era preciso que la escuchase: tan encarecidamente me suplicó, que me senté junto a la cama.

—Supongo que entonces os referiría...

—Lo que sabes ya.

—Y os rogaría...

—Que te amparase. Te miré, considerando que ibas a quedar solo en el mundo. ¿Quién te protegería? Nadie. ¿Se presentarían tus padres alguna vez? No era probable. Tener un hijo me pareció una dicha sin igual. No sé lo que sentí. Me ahogaba; mi corazón latía con desigual violencia... ¡Vive el cielo!... Y tú me mirabas y

sonreías, y extendías hacia mí tus pequeños brazos como si también me pidieses protección, como si comprendieses que nadie más que yo podía apiadarse de ti. ¡Rayos y truenos!... Me zumbaban los oídos, y... No acierto a explicarlo... Te tomé, te besé no sé cuántas veces, te di el nombre de hijo, y tú, inocente criatura, sin saber lo que hacías, inspirado por Dios, me diste el nombre de padre. ¡Cien legiones!... Creí que iba a volverme loco. Tomé la luz y volví a mi habitación, encendiendo otra. Te coloqué en mi lecho y te abrigué. Volví al lado de la pobre Luciana. La infeliz me dijo que antes que el médico era necesario un sacerdote, y yo fui en busca del uno y del otro. Cuando el hombre de la ciencia acudió ya no había nada que hacer, porque la enferma exhalaba el último suspiro. Me encontré muy apurado, y el resto de la noche lo pasé subiendo y bajando para cuidar de ti y rezar junto al cadáver.

Los negros ojos de Querubín se humedecieron.

—Llora—le dijo el señor de Guevara—, llora, que yo también lloré aquella noche a pesar de mi fortaleza. Apenas amaneció, avisé a otros vecinos. Cundió rápidamente la noticia de la desgracia. Me preguntaron algunos si era verdad que Luciana tenía un niño pequeño, pues así se había dicho en la vecindad algún tiempo antes. Respondí negativamente, haciendo todo lo posible para que no se hablase de semejante asunto. Gasté el poco dinero que había en mis bolsillos, y fue enterrado decentemente el cadáver de tu nodriza.

—¿No encontrasteis ningún indicio que pudiera servir para el descubrimiento de mis padres?

—Ninguno.

—Y después de tantos años...

—Debo suponer que tus padres no viven.

—Sin duda, mi existencia...

—Puede ser la consecuencia de alguna falta, pues así parece probarlo el cuidado que se ponía en ocultarte.

—Tal vez mis padres me buscan...

—¿Y por qué no han ido a mi casa ?

—Tenéis razón: es lo más probable que mis padres hayan muerto; pero no por eso dejaré de buscarlos.

—Más de tres años pasé sin ocuparme de otra cosa, con la prudencia y el sigilo que debía; pero mis esfuerzos no produjeron resultado alguno, y como yo te amaba más cada día... Perdona mi egoísmo; pero es la verdad que me consideraría muy desgraciado si se presentaran tus padres a disputarme tu cariño.

—Siempre será para vos la misma mi ternura, porque por mí os habéis sacrificado, y porque os soy deudor de la existencia y de la felicidad. ¿Qué hubiera sido de mí sin vuestra protección ? Perdido en el mundo, Dios sabe si ahora me encontraría en el lodazal de todos los vicios y manchado por todos los crímenes. Podré encontrar a mi padre; pero mi padre seréis siempre vos.

El hidalgo abrazó a su protegido.

Volvieron a quedar silenciosos.

Cinco minutos pasaron, y dijo al fin el señor de Guevara:

—Ya no es posible que se te oculte toda la gravedad de tu situación. María te ama; pero ¿es eso bastante ? Eres pobre y de condición aun más humilde que la del último plebeyo, puesto que ni siquiera nombre tienes. ¿Es posible que don Pedro te conceda la mano de su hija ?

—No.

—Aunque consiguieses con tu valor y tu talento hacer una gran fortuna, siempre quedaría el inconveniente de tu origen.

—Por eso, ante todo, debo buscar a mi padre.

—Fácil es que te ocupes en buscarlo; pero buscar no es encontrar, y si nada consigues...

—No sé lo que haré.

—Esa es la más acertada de las determinaciones cuando se lucha con lo imposible.

—Sólo las circunstancias imprevistas pueden favorecerme.

—¡Dichosa edad la tuya!

—Sí, dichosa, porque se vive con ilusiones, porque todo nos hace concebir risueñas esperanzas.

—No seré yo quien las desvanezca.

—No, padre mío, porque sin mis esperanzas y mis ilusiones la existencia sería para mí horrible, insoportable

—Querubín, necesito reflexionar muy despacio; pero, ante todo, es necesario que fijemos la atención en don Leandro de Sandoval.

—La fijaremos, pero mi rival no ha de darme a conocer a mi padre.

—Yo me entiendo, hijo mío, yo me entiendo.

—Me someteré a vuestras resoluciones.

—Cuando se quiere descubrir un misterio es preciso fijar la atención en todas las circunstancias, en todos los detalles.

—Tratándose de mi amor, me parece oportuno que fijemos nuestra atención en don Leandro de Sandoval; pero...

—Tras de lo uno viene lo otro. La casualidad ha querido poneros delante al hijo de la condesa antes que a ningún otro, y precisamente en los momentos en que el señor Policarpo recortaba la capa; y como tu capa está en relación con el suceso de anoche y con María, con tu amor y tu porvenir... ¡Fuego de Satanás!... Yo me entiendo, Querubín; yo me entiendo. Conozco el mundo, y cuando tengas mis años y mi experiencia discurrirás lo mismo que yo. Licencia tienes para hacer cuanto se te antoje; pero yo entretanto me ocuparé de don

Leandro de Sandoval, principiando por obligar al buen sastre a que diga lo que sepa del caballero.

—Y para complaceros, espiaré al hijo de la condesa.

—Bien pensado.

—Y en cuanto a mis padres...

—Nada podemos hacer ahora.

—Sin embargo...

—Pregunta a todo el mundo, por si hay quien te diga quién fue el caballero que hace veinte años entregó un niño a la pobre Luciana Hernández en su casa de la calle del Alamillo.

Y al decir esto el señor de Guevara desplegó una burlona sonrisa.

Querubín inclinó la cabeza, como avergonzado de su candidez.

—Lo que no haga la casualidad, ya te lo he dicho, no has de hacerlo tú.

—Me resignaré y esperaré.

—Dime ahora si el orgulloso comendador sabe quién es el pobre diablo que ha tenido bastante atrevimiento para amar a su hija.

—Lo ignora.

—Dices que una criada anda en la intriga...

—Pero es reservada.

—No te fíes de eso.

—Además, espera que su señora la proteja, y esto me parece bastante para que no cometa una indiscreción.

—Tal vez.

Poco más hablaron protector y protegido.

Llamaron y acudió el mozo.

Pagó el hidalgo, menguando considerablemente su caudal.

Salieron de la hostería.

—¿Adónde hemos de ir?— preguntó el mancebo.

—Adonde quieras, con tal que no cometas ninguna locura.

—No me parece imprudencia andar por los alrededores de la casa del comendador.

—Puedes hacerlo.

—¿Y vos?

—Iré a visitar al señor Policarpo, y como supongo que ha de prolongarse la conversación, allí puedes ir a buscarme cuando mejor te parezca.

Separáronse.

El hidalgo tomó hacia la calle de Milaneses y Querubín siguió hacia la Puerta del Sol.

CAPITULO VIII

La madre y la hija

Si han de comprenderse los interesantes sucesos que tenemos que referir, preciso será que dejemos al hidalgo y a su protegido, volviendo a la casa de la Costanilla de Santiago para conocer a otras dos personas más de las que allí habitaban.

Atravesando el anchuroso portal donde trabajaba el sastre, penetrábase en un patio de bastante extensión, sobre el que daban los corredores de cada uno de los pisos principal y segundo que tenía la casa.

En el patio, a la derecha, veíase una escalerilla muy empinada, muy oscura, particularmente en su mitad, y sobre cuyos escalones no podía ponerse el pie con seguridad completa.

Subiendo por esta escalerilla se desembocaba en el corredor del piso principal, donde había muchas puertas de otras tantas habitaciones y la entrada de algunos pasillos que conducían a otras, amén de algunas ventanas

más o menos grandes con enrejados de hierro o de madera.

Entrando en uno de aquellos pasillos se llegaba a la puerta de una de las habitaciones que recibían luz por los balcones y ventanas que daban sobre la calle del Mesón de Paños.

Hemos dicho ya que en toda la casa no vivía más que gente pobre, aunque representaban distinto papel en la sociedad.

Eran los unos menestrales regularmente acomodados; los otros habían sido criados de algún personaje, y vivían con sus ahorros; había también hidalgüelos de aldea que, después de arruinados, habían venido a la corte para solicitar un empleo que jamás alcanzaban, y también mendigos y beatas de profesión que vivían santamente a costa del trabajo del prójimo.

Ahora no debemos ocuparnos más que de dos mujeres que habitaban uno de los cuartos que tenían ventanas a la calle del Mesón.

Estas dos mujeres habían sido por mucho tiempo objeto de las murmuraciones de la vecindad; pero ya se había olvidado el motivo de aquella murmuración.

Según todos decían, en la historia de aquellas mujeres había algo misterioso, algo que tenía quizá muchísima importancia, muchísimo interés, y que era muy grave.

Sin embargo, en apariencia, lo que más importancia tenía era la triste situación de aquellas dos desgraciadas; pero, por lo que pueda servir como datos para la presente historia, repetiremos con toda exactitud lo que entre los vecinos se decía; añadiremos algo, aunque poco, de lo que no sabían los vecinos, y oportunamente pondremos en claro la verdad.

Diecisiete años hacía que la buena Mariana había llegado a Madrid y alquilado el cuarto.

En aquella época era joven, pues no debía de tener más de veintidós años, y, además de joven, bella; tan bella, que lo parecía mucho, a pesar de sus pobres vestidos, de su aire humilde y de su lenguaje rudo.

Llevaba una niña, que debía entonces de tener tres o cuatro años, prodigio también de hermosura, vivo retrato de su madre, con ojos grandes, rasgados y negros, con labios rojos y de hechicero corte, con nariz admirablemente delineada.

A Mariana se la vio entrar y salir muchas veces.

Parecía muy preocupada, muy triste, como agobiada por uno de esos dolores intensos que lentamente roen la existencia de la criatura.

A pesar de su juventud, llevaba siempre inclinada sobre el pecho la cabeza, suspiraba penosamente, y su mirada era sombría.

Cuando los curiosos vecinos le preguntaron con qué objeto había venido a Madrid, Mariana respondió vagamente y como quien tiene empeño en ocultar la verdad.

Contaba con algunos ahorros, y pudo vivir sin ser gravosa a nadie.

Transcurrieron tres años.

La expresión del rostro de Mariana cambió repentinamente.

Brillaron con intensidad sus grandes ojos negros.

Irguió la cabeza y pareció como que estaba orgullosa de su fortuna

Triste y lánguida siempre, mostróse alegre y enérgica.

Hizo el sacrificio de una parte de sus ahorros, compróse ropa nueva y vistió a su hija casi con lujo.

Este cambio debió llamar la atención de los vecinos; y como Mariana era joven y hermosa, sospecharon lo peor que podía sospecharse.

Los vecinos se equivocaban.

La misteriosa mujer no tenía más dinero que antes.

sino que, por lo contrario, tenía menos, puesto que gastaba y no ganaba.

Un día, como otros muchos, Mariana salió.

Su hija había quedado sola.

Dieron las nueve, y Mariana no volvía.

A las diez invadieron el patio veinte o treinta personas, entre las que se veía al señor Policarpo, que hablaba con dos alguaciles.

En brazos de dos hombres vieron los vecinos a la señora Mariana, que si no estaba muerta, lo parecía.

La escena qué tuvo entonces lugar no puede pintarse.

Todos acudieron para saber lo que aquello significaba; pero no supieron más que lo que podía decirles el señor Policarpo.

He aquí las explicaciones de éste:

—Pasaba yo por la calle de San Bernardo y vi un grupo de gente; me acerqué, pregunté lo que pasaba, y me dijeron que a una pobre mujer le había dado un mal repentino. Miré a la enferma y me encontré con nuestra vecina. Nadie sabía quién era ni acertaba a prestarle ningún auxilio, y como yo la conocía, pude decir su nombre. Entonces se dispuso traerla a su habitación, y aquí la tenéis medio muerta. Creo que la infeliz cuenta con algunos recursos, y no haremos mal en traer un médico.

—Dinero tiene de sobra— dijo una vecina.

—¡Ya lo creo!—añadió otra— Y si no, que se vea la ropa que ha comprado hace pocos días. De dónde saca el dinero, nadie lo sabe; pero...

—Todo eso está bien—interrumpió el buen sastre—; pero ahora debemos aprovechar el tiempo, porque quizá de algunos minutos depende la salvación de nuestra pobre vecina.

Los corchetes, seguros ya de que allí tenía su habitación la enferma, alejáronse.

Los demás curiosos fueron haciendo lo mismo, y entre-

tanto a Mariana la subieron a su aposento, abriendo con la llave que le encontraron en el bolsillo.

Fue un médico y dijo que la enfermedad se presentaba oscura; pronunció muchas palabras en griego y en latín, y, por de pronto, no consiguió sino que Mariana recobrase el conocimiento.

Preguntáronle a la infeliz lo que le había sucedido y lo que sentía; pero ella, después de hacer grandes esfuerzos sin poder hablar, puso las manos sobre su pecho y las llevó luego a la cabeza.

Quince días permaneció en el lecho.

Pudo al fin levantarse, aunque parecía bastante debilitada.

Tomó alimento, se movió de un lado para otro, abrazó a su hija muchas veces y lloró.

La infeliz no hablaba.

Declaró el médico que nada le era posible hacer entonces, pues, más que medicamentos, era cuestión de tiempo el conseguir que recobrara el habla la paciente.

Otros quince días pasaron, y la enferma, en vez de mejorar, se puso peor, pues apenas le era posible moverse.

Con gran trabajo y ayudada por las vecinas, salía del lecho, teniendo que sentarse y permanecer casi inmóvil todo el día.

Empero, su rostro era siempre expresivo, y la vida que había desaparecido de los demás órganos parecía haberse reconcentrado en sus ojos.

Apelaron a mil medios para que Mariana se explicase; pero todo fue inútil, porque no era posible que con ademanes y miradas hiciese comprender lo que muy difícilmente podía explicarse con palabras.

Aseguraba el médico que la enferma debía de haber experimentado una gran sorpresa, una conmoción demasiado ruda.

 Continuará en el número 3

una llave, miró receloso a todos lados y penetró. Al encontrarse entre los árboles dio un suspiro y murmuró: —¡María!

Tras una de las ventanas, una muchachita, casi una niña, bellísima, rubia y esbelta, aguardaba. Al verle entre la sombra, sintió un estremecimiento de alegría: —¡Es él!—murmuró, y acompañada de su doncella se dispuso a salir a su encuentro.

¡Bien ajenos estaban a que entretanto, en otra de las habitaciones, se desarrollaban escenas con fines bien distintos! También tras los cristales, dos hombres acechaban la llegada del enamorado galán. Sobre una mesa tenían preparadas varias armas, como una silenciosa amenaza de muerte.

Uno de aquellos hombres era un criado. El otro, de elevada estatura y enjuto de carnes, entrado en años, de porte orgulloso y altivo, era el padre de María, el poderoso comendador don Pedro de Saavedra. Al ver la sombra de Querubín—así se llamaba el enamorado mancebo—apretó los puños con rabia, tomó las armas y salió, diciendo convulso: —¡Cara ha de costarle su osadía!

Juntos los sorprendieron en el jardín. María desvanecióse; don Pedro persiguió a Querubín, que, no atreviéndose a luchar con el padre de su amada, trató de huir. Pero la única puerta de salida estaba vigilada.

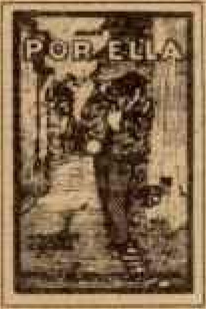
Al fin, don Pedro divisó el bulto del mancebo; disparó contra él y le vio caer a tierra, herido por la bala. Al ruido acudieron la restante servidumbre y la ronda; pero al querer reconocer el cadáver, hallaron tan sólo la capa de Querubín, que éste había colgado de una rama para engañar a su perseguidor. Despechado, don Pedro juró buscarle y darle muerte donde le encontrase.

Mientras tanto, Querubín, en salvo, atravesó Madrid y penetró en una casa, de pobre apariencia, donde vivía con su protector, el caballero don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, de noble abolengo, hombre simpático y de gran corazón, que había recogido a Querubín y le quería como a un hijo. Ambos vivían de unas exiguas rentas del primero.

Al día siguiente, el hidalgo notó la falta de la capa de Querubín. Quiso mostrarse severo con él, pero no pudo. Querubín, entristecido, le prometió contarle el lance de la noche anterior. Salieron juntos, dirigiéndose a casa de un sastre, para que le arreglase a Querubín una capa vieja de su protector.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



ENIGMA 1.ª serie

1	[illegible]	[illegible]	11	G. Leroux	[illegible]
2	»	[illegible]	12	»	[illegible]
3	»	¡Por ella!	13	[illegible]	[illegible]
4	»	La astucia de una mujer	14	»	[illegible]
5	»	[illegible]	15	[illegible]	El capitán Lagarde de Jarnac
6	»	[illegible]	16	»	Los amores de Francisco I y [illegible]
7	»	[illegible]	17	»	[illegible]
8	[illegible]	[illegible]	18	»	La favorita
9	G. Leroux	[illegible]	19	»	[illegible]
10	»	» » »	20	»	El hijo de [illegible]

[illegible] pesetas